

NOTAS

JORGE ALVAREZ CALDERON

Jorge Alvarez Calderón, cuya inesperada y prematura muerte ha producido en el Perú una consternación unánime, era, en toda la amplitud de la expresión, un hombre de primer orden: su fuerte, clara y ordenada inteligencia; su amplia cultura general y técnica; su altísima calidad moral; sus condiciones de hombre de acción, enérgico, entusiasta y vibrante; todo hacía de él una de las primeras figuras de nuestro país. No había quien no le rindiera el triple tributo de una calurosa simpatía, de una grande y profunda admiración, de un sincero respeto.

Era la suya una actividad inagotable, marcada por el sello esencial de su espíritu — la eficacia: graduado de ingeniero mecánico-electricista en 1905, dirigió importantes trabajos, como la instalación de la red tranviaria de Arequipa; y fundó, manejó u orientó vastas empresas agrícolas, mineras, industriales, mercantiles, periodísticas; tuvo triunfos y reveses que supo mirar siempre con fé, con dignidad y con altura. Sabía amalgamar en su espíritu de gran ingeniero, las realidades materiales más concretas con las especulaciones teóricas más abstractas y más arduas. A este propósito recuerdo, por ejemplo, que ciertas deficiencias de funcionamiento de los grupos electrógenos en una fábrica de manteca artificial de la cual era ingeniero consultor, le condujeron a estudiar profundamente la teoría de Boucherot sobre acoplamiento de alternadores.

Pero en medio de tantas y tan brillantes muestras de su capacidad, hubo algo en que Jorge Alvarez Calderón nunca tuvo oportunidad de servir a su país: jamás ejerció cargos públicos. Y qué bien los hubiera desempeñado! No habria habido función, ni por lo alta ni por lo delicada, que él no pudiese ejercer con autoridad, brillo y acierto consumados.

Cuando se fundó la Facultad de Ingenieria de la Universidad Católica, solicitamos su concurso, que él nos dió entusiasta. Nunca pudimos lograr que se encargase de una cátedra, pues ocupaciones abrumadoras le impedían seguir el camino que le marcaban de consuno su cariño por nuestra institución y el amor que profesaba a su carrera; pero fué desde el principio uno de los nuestros, y colaboró con vigor y excepcional acierto en el establecimiento de las bases fundamentales de nuestra Facultad: en particular, mencionaré sus atinadísimas intervenciones en la discusión de nuestro Reglamento de Exámenes y Calificativos, cuyo primer proyecto había sido formulado por ese otro inolvidable desaparecido, José Rafael de la Puente. Es tanto más admirable el interés de Al-

varez Calderón por nuestra Facultad, cuanto que no enseñaba en ella: sin tener ese irresistible tirante afectivo que es la muchachada estudiantil, sin convivir a diario la faena universitaria con maestros y discípulos, sentía todo lo que significa y vale nuestro instituto. Este instituto en que su huella y su recuerdo serán igualmente perdurables.

Cristóbal de Losada y Puga.